

Todo el que quiera puede tener la vida abundante (segunda parte)

«... yo he venido para que tengan vida, y para que la tengan en abundancia» (Juan 10.10).

Una vida abundante es una vida plena, libre, y satisfactoria para siempre, una vida que lo hace tan feliz a uno un martes por la tarde como un domingo por la mañana, una vida que da, que perdona y que jamás se rinde.

El Evangelio de Juan es el evangelio de vida. Juan tiene tres palabras que él parece usar por encima de todas las demás: «amor», «luz» y «vida». Son cincuenta veces que la palabra griega para «vida», *zoe*, se encuentra en el evangelio de Juan. Esto es lo que está escrito en el evangelio de Juan: «En él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres» (Juan 1.4); «Yo soy la luz del mundo; el que me sigue, no andará en tinieblas» (8.12); «Yo soy el pan de vida» (Juan 6.35); «... las palabras que yo os he hablado son espíritu y son vida» (Juan 6.63); «Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna» (Juan 6.68); «Yo soy la resurrección y la vida» (Juan 11.25); «Yo soy el camino, y la verdad, y la vida» (14.6). Por lo tanto, podríamos decir que el evangelio de Juan es el evangelio de vida.

En los capítulos 3, 4, 5 y 9 de Juan, nos encontramos cuatro personas que difícilmente podían haber sido más diferentes unos de otros; sin embargo, todos necesitaban vida. En estos cuatro capítulos está representado cada uno de nosotros. El Espíritu Santo escribió de ellos para todos los siglos que vendrían, porque nosotros necesitamos ver nuestro tipo de personalidad y de carácter que necesita la vida abundante.

Ya vimos a Nicodemo. Era uno de los mejores hombres y hacía las mejores cosas, pero no pudo tener verdadera vida, sino hasta que experimentó el nuevo nacimiento (3.1-8).

También hemos visto a la mujer samaritana.

Ella era miembro de una raza despreciada y era una mujer de comportamiento despreciado. Era ramera. Había tenido cinco maridos y estaba viviendo con un hombre que ni siquiera era su marido. A pesar de esto, Jesús dijo a esta mujer: «... el agua que yo [te] daré será en [ti] una fuente de agua que salte para vida eterna» (4.14).

JUAN 5: UN PARALÍTICO

En Juan 5.1 dice: «Después de estas cosas había una fiesta de los judíos, y subió Jesús a Jerusalén». Hay ciertos versículos que uno puede leer una y otra vez, y no observar la trascendencia que más adelante descubrirá en ellos. Si yo le preguntara a usted: «¿Qué edad tenía Jesús cuando murió?», me respondería rápidamente: «Tenía treinta y tres años». Pero, ¿cómo sabemos que tenía treinta y tres años cuando murió? Son tres fiestas de la Pascua las que se mencionan explícitamente en el evangelio de Juan (2.13; 6.4; 13.1); luego 5.1 se refiere a «una fiesta de los judíos», la cual también se cree que era una fiesta de la Pascua. En la mayoría de las traducciones se lee: «La fiesta de los judíos», pero la mayoría de los comentaristas interpretan que la palabra «fiesta» se refiere a una Pascua. Esto, sin embargo, no puede probarse más allá de toda duda. Por lo general se cree que en vista de que Juan no mencionó de cuál fiesta se trataba, y en vista de que la Pascua era la fiesta más grande de todas, entonces se debía de estar refiriendo a la Pascua. Si esto es así, Juan menciona un total de cuatro Pascuas. Cristo murió en la cuarta, lo cual significa que él comenzó Su ministerio a los treinta años (Lucas 3.23) y vivió aproximadamente tres años y medio antes de morir en la cuarta Pascua. Además, si esto es así, el pasaje de Daniel que menciona que «a la mitad de la semana hará cesar el sacrificio» (Daniel 9.27)

bien puede ser una referencia a Jesús. La mitad de la semana serían tres días y medio. Si un día representa un año, como a menudo lo representa en profecía, en la mitad de la semana, esto es tres años y medio después que comenzó Su obra, Cristo murió y el sacrificio cesó.

Sigue diciendo Juan: «Y hay en Jerusalén, cerca de la puerta de las ovejas, un estanque, llamado en hebreo Betesda, el cual tiene cinco pórticos» (5.2). Betesda todavía existe. Se encuentra en un nivel mucho menor. La ciudad se ha construido alrededor de él, y las ruinas pueden observarse hasta hoy. En esa ciudad había un estanque que estaba rodeado por cinco pórticos en columnata. «En éstos yacía una multitud de enfermos, ciegos, cojos y paralíticos, que esperaban el movimiento del agua» (5.3).

Vemos aquí personas necesitadas entre las cuales había algunos ciegos, algunos paralíticos y algunos que tenían sus extremidades encogidas. Estos habían extendido trapos y edredones y sobre los cuales yacían. ¿Por qué estaban allí? Esperaban el movimiento del agua. Creían que en cierto momento durante el año, un ángel bajaba y agitaba el agua. Creían además que la primera persona que entrara en el agua después que esta era agitada, era sanada.

El versículo 4 no se encuentra en ninguna de las versiones posteriores. Esto es así porque la mayoría de los críticos textuales opinan que el versículo no goza de mucha integridad textual que lo respalde. Son solo algunos de los manuscritos más antiguos los que tienen el versículo. El versículo en cuestión dice: «Porque un ángel descendía de tiempo en tiempo al estanque, y agitaba el agua; y el que primero descendía al estanque después del movimiento del agua, quedaba sano de cualquier enfermedad que tuviese».

Cuando Cristo caminó ese día bajo aquellos pórticos en columnata, vio a un hombre que había estado paralítico desde hacía treinta y ocho años. Jesús se acercó a este hombre y le preguntó: «¿Quieres ser sano?». Esta parecía ser una pregunta innecesaria, porque el hombre no había caminado durante treinta y ocho años. Su misma presencia en el estanque era indicio de que deseaba volver a caminar.

No obstante, cuando pensamos en la pregunta, reconocemos que no es una pregunta del todo innecesaria, porque muchas personas no desean mejorar. Hay algunos que si se les aliviara repentinamente de su miseria, no sabrían cómo recibirlo. Han aprendido a disfrutar de ser objeto de lástima. Han dependido de otros por tanto

tiempo para tener con qué vivir y para que les manejen sus problemas, que si mañana se hallaran bien, se sentirían miserables.

Cristo dijo al hombre: «¿Quieres ser sano?». Este es el primer paso hacia tener una vida abundante. Si usted no es cristiano, o no es un cristiano feliz, ¿desea ser sanado? ¿Se contenta usted con seguir como está ahora: dividido, yendo en dos direcciones opuestas, a veces espiritual, y a veces carnal? ¿O desea ser sano?

El paralítico contestó a Jesús diciendo: «Señor [...] no tengo quien me meta en el estanque cuando se agita el agua; y entre tanto que yo voy, otro desciende antes que yo» (5.7). «El problema», decía él, «no soy yo; el problema es otro. He estado esperando aquí durante años, y cada vez que el agua es agitada, no tengo a nadie que me meta en el estanque». ¿Cuántas veces hemos echado la culpa de nuestra condición a otro?

He aquí el segundo paso hacia tener la vida abundante. Debemos reconocer que recibir la vida abundante comienza con nosotros, no con otro. Siempre podemos hallar personas que no nos ayudan. Siempre es fácil decir: «Tengo un problema. Estoy paralítico espiritualmente, pero se debe a que las demás personas no me ayudan. Si no hubiera tenido la clase de padre que tuve, ni la clase de madre que tuve, si hubiera nacido en otro lugar y en otro momento, si hubiera ido a una escuela diferente...». Si, si, si. Jesús dijo al hombre: «¿Deseas ser sano, o vas a pasar el resto de tu vida en esta condición debido a que nadie te mete en el estanque?».

Si usted ha de tener alguna vez alguna felicidad como cristiano, la decisión deberá provenir de dentro de usted. Pablo dijo: «... mas vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí» (Gálatas 2.20). Mientras siga poniendo mi mirada en lo que me rodea y me siga preocupando hasta enfermarme, porque otras personas no ayudan, jamás recibiré ayuda.

Jesús dijo inmediatamente al hombre: «Levántate, toma tu lecho, y anda» (5.8). Su lecho era simplemente una cama plegable, una especie de delgado saco de dormir plegable. «Y al instante aquel hombre fue sanado, y tomó su lecho, y anduvo. Y era día de reposo aquel día» (5.9).

El día de reposo siempre hacía salir a los fariseos. Ellos llegaron a Jesús y dijeron: «Cómo está eso de que Tú sanaste a este hombre en el día de reposo? No es lícito sanar en el día de reposo». Según entiendo yo, si uno se remonta a los antiguos escritos de los rabinos judíos, hal-

lará treinta y nueve capítulos sobre los que se podía o no se podía hacer en el día de reposo. Los tenían bosquejados todos. Podían decirle, por ejemplo, cuántas gotas de tinta se podían cargar en una pluma para escribir en ese día. Si uno comenzaba a caminar, podían decirle exactamente cuantos pasos podía dar. Podían decirle cuántas letras podía escribir sobre una pared en el día de reposo.

Esto fue lo que le dijeron a Jesús: «¿Cómo está eso de que trabajas en el día de reposo al sanar a este hombre?». Jesús respondió: «Mi Padre hasta ahora trabaja, y yo trabajo» (5.17). Lo que estaba diciendo era esto: «Si tienen problemas en cuanto a trabajar en el día de reposo, deberán comenzar con reclamárselo a Dios porque Este trabaja en el día de reposo». Jesús después les dijo que la Suya era una empresa de vida (5.21, 25), no de andar buscándole faltas a todo.

Cuando el hombre sanado se enteró de quién era Jesús, fue inmediatamente a los enemigos de Este y les dijo quién era el que lo había sanado. No leemos que lo haya alabado. No leemos que proclamara Su fe en el Señor. La historia termina, y hasta donde sabemos, no dio un verdadero paso en dirección del Señor. ¿Habría sido uno de los muchos que en el transcurso de los siglos recibieron la bendición de Dios y no dieron nada a cambio?

Hacia el final del capítulo 5, Jesús dijo: «Escudriñad las Escrituras; porque a vosotros os parece que en ellas tenéis la vida eterna; y ellas son las que dan testimonio de mí; y no queréis venir a mí para que tengáis vida» (5.39–40). No estamos seguros si el hombre alguna vez vino a Jesús para tener vida.

JUAN 9: UN HOMBRE CIEGO

En Juan 9.1–2 dice: «Al pasar Jesús, vio a un hombre ciego de nacimiento. Y le preguntaron sus discípulos, diciendo: Rabí, ¿quién pecó, éste o sus padres, para que haya nacido ciego?». Cristo explicó a Sus discípulos que este hombre no había nacido ciego porque alguien hubiera pecado.

Nosotros tratamos de justificar la tragedia filosofando sobre ella. Somos tentados a analizar el caso del ciego y decir: «Sé que es triste, pero si su madre no hubiera pecado, él no hubiera nacido ciego». Pero cuando Cristo vio al hombre, Él no filosofó sobre lo que había sucedido. Simplemente dijo: «Este es un hombre que nació ciego y necesita vida».

Jesús hizo algo maravilloso: «Dicho esto,

escupió en tierra, e hizo lodo con la saliva, y untó con el lodo los ojos del ciego, y le dijo: Ve a lavarte en el estanque de Siloé» (9.6–7). Todo el mundo debió de haberse maravillado de lo estaba haciendo. Cristo escupió en tierra. Se inclinó y tomó el polvo revuelto con saliva. Luego lo amasó hasta formar arcilla y lo restregó en los ojos del ciego. Luego le dijo que fuera al estanque de Siloé y se lavara.

El ciego fue al estanque de Siloé, haciendo exactamente como el Señor había dicho. Es cierto, el Señor podía haberlo sanado sin que él fuera al estanque de Siloé, pero esto fue lo que el Señor mandó. El ciego obedeció y se fue dando tropiezos hasta el estanque de Siloé y se lavó los ojos, quitándose la arcilla, y cuando regresó, estaba viendo.

De repente, varias personas aparecieron en escena. Los fariseos se hicieron presentes. Debido a que era el día de reposo, estos comenzaron a decir: «Ese hombre no procede de Dios, porque no guarda el día de reposo» (9.16). Parecía obvio a los fariseos que esto no podía ser obra de Dios, porque se suponía que uno no debía sanar personas en el día de reposo. Esto sería trabajar.

Después que los fariseos hubieron hecho patente su desaprobación, ellos trajeron a los padres del hombre. Uno se imagina que a los padres del hombre los embargaría la felicidad por la sanidad del hijo. Le preguntaron a estos: «¿Es éste vuestro hijo, el que vosotros decís que nació ciego? ¿Cómo, pues, ve ahora?» (9.19). Los padres, poco valientes, dijeron: «Sabemos que éste es nuestro hijo, y que nació ciego; pero cómo vea ahora, no lo sabemos; o quién le haya abierto los ojos, nosotros tampoco lo sabemos; edad tiene, preguntadle a él; él hablará por sí mismo» (9.20–21). Juan comentó que dijeron esto porque temían a los judíos, que estos podían expulsarlos de la sinagoga. Ser expulsado de la sinagoga significaba que uno se convertía en un don nadie dentro de la comunidad judía. Nadie le hablaría. Nadie le daría trabajo. Lo más probable esta es la razón por la que los padres sencillamente dijeron: «... edad tiene, preguntadle a él».

A Jesús le habían llegado noticias en el sentido de que el antiguo ciego había sido expulsado de la sinagoga. Jesús se encontró con este, y le dijo: «¿Crees tú en el Hijo de Dios?» (9.35). El hombre dijo: «¿Quién es, Señor, para que crea en él?» (9.36). Jesús dijo: «Pues le has visto, y el que habla contigo, él es» (9.37). Él dijo: «Creo, Señor; y le adoré» (9.38).

¡Qué maravilloso lo sucedido ese día! Cada

vez que cantamos: «Yo estaba ciego, mas ahora veo» se nos recuerda de este hombre que dijo: «Creo, Señor».

Fue tan sencillo lo que le sucedió. Ningún re-lámpago cayó. Ningún terremoto se dio. Su respuesta fue sencillamente una aseveración: «Creo, Señor».

CONCLUSIÓN

Puede que no todos estemos en el nivel de Nicodemo. Este era alguien formidable, pero se dio cuenta de que podía tener la vida abundante solamente por medio del nuevo nacimiento. Espero que ninguno de nosotros sea tan pecaminoso como la samaritana, pero aun esta halló que podía tener vida abundante. Un hombre miserable que había estado paralítico durante treinta y ocho años, yaciendo en un lecho sucio cerca del estanque de Betesda, pudo haber tenido la vida abundante. No sé de ninguno de nosotros que tenga un problema por tanto tiempo como el hombre que nació ciego. Por muchos años este no había podido ver, pero descubrió que podía tener vida abundante en Jesús.

Francis Scott Key fue un abogado y poeta estadounidense que escribió «La bandera estrellada» para los estadounidenses. Note lo que Francis Scott Key dijo sobre otro tema. En años posteriores, escribió estas hermosas palabras: «Ninguna otra cosa más que el cristianismo te dará la victoria. Mientras un hombre no crea en su corazón que Jesús es su Señor y Maestro, su transitar por la vida no será ni seguro ni agradable». Francis Scott Key estaba en lo correcto. Mientras un hombre no crea en Jesús, su transitar por la vida no será ni seguro ni agradable.

Si usted no tiene la vida abundante, la pregunta de nuestro Señor para usted, es esta: «¿Quieres ser sano, o prefieres quedarte paralítico toda tu vida?». O, para poner en palabras diferentes la pregunta: «¿Nacerás de nuevo, o prefieres seguir siendo el hombre viejo de pecado toda tu vida?».

JESÚS, NUESTRO EJEMPLO; EL ESPÍRITU SANTO, NUESTRO CONSOLADOR

Jesús es el ejemplo perfecto de las virtuosas cualidades que los cristianos han de cultivar en sus vidas. Él tenía un corazón de bondad y de misericordia (Mateo 9.36; 14.14; 15.32; 20.34). En Él se encontraban las cualidades de la humildad y de la mansedumbre (Mateo 11.29; 21.5; Juan 13.5; 2ª Corintios 10.1; Filipenses 2.8). Era paciente, sufrido y de gran capacidad para soportar (Mateo 23.37; 1ª Pedro 2.23), y también para perdonar (Lucas 23.34). Especialmente, estaba lleno de amor compasivo (Juan 15.9, 13; Gálatas 2.20; Efesios 3.19; 5.2).

Pablo identificó estas virtudes como el fruto del Espíritu:

Mas el fruto del Espíritu es amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza; contra tales cosas no hay ley (Gálatas 5.22-23).

Tanto Pablo (Colosenses 3.12-14) como Pedro (2ª Pedro 1.5-7) enseñaron que los cristianos tienen una responsabilidad de vestirse de virtudes piadosas. El Espíritu nos ayuda a cultivar estas virtudes en nuestras vidas, pero esto no significa que no tengamos que poner esfuerzo de parte nuestra. El grado al cual lleguemos a tener estas cualidades espirituales depende de nuestro propio esfuerzo personal.

En vista de que estas virtudes estarán en nuestras vidas en grados variables, cada uno de nosotros debe cultivarlas por separado. Un buen ejercicio consiste en enumerarlas en un trozo de papel y pedir a sus amigos que evalúen su progreso en cada área, en una escala de «uno» a «diez». Anímelos a ser muy sinceros de modo que usted pueda saber en cuáles áreas necesita mejorar. Después de revisar las respuestas, procure con mucho cuidado, y acompañado de oración, llegar a ser maduro en todas estas virtudes. Pablo tenía una meta así (Filipenses 3.14). De este modo, nosotros podemos estimularnos unos a otros al amor y a las buenas obras (Hebreos 10.24).

Autor: Paul Rogers

© Copyright 2008 por LA VERDAD PARA HOY

Todos los derechos reservados